

No, le dije, no, gracias, no me gustan los museos, demasiada belleza concentrada en el mismo lugar, demasiado genio, demasiada elegancia, demasiada inteligencia, demasiado esplendor, demasiadas riquezas, demasiadas carnes expuestas, demasiados pechos, demasiados culos, demasiadas cosas admirables. Resultado: las obras amontonadas se aplastan las unas a las otras como los animales comprimidos de un rebaño y la singularidad propia de cada una queda inmediatamente apagada. Luego añadí: mira, lo malo de los museos es que la transición hacia el exterior se produce siempre de una manera demasiado brutal, quiero decir sin la más mínima preparación. Habría que acondicionar pasillos, algo así como cámaras de descompresión, rellanos de readaptación a lo mediocre, para volver a acostumbrarse progresivamente a la fealdad, de modo que al salir de esa sobredosis de arte que de tan sublime provoca náuseas, al pisar de nuevo la calle, la vuelta a la vida diaria tan imperfecta, tan gris, tan chungu a veces, se lleve a cabo más tranquilamente, ¿comprendes?

Y como Alina, en vez de contestarme, se disponía a insistir sobre el interés de su propuesta, le volví a decir no, no y no de la manera más tajante, cuando digo no es no, se acabó, mientras buscaba en mi cabeza argumentos para evadirme, argumentos de peso, a poder ser políticos y difíciles de refutar. Si quieres que te diga una cosa, le dije, lo que menos soporto de los museos es que obtienen un prestigio moral —fue la primera idea que me vino a la mente—, obtienen un prestigio moral por exponer cualquier porquería con tal de que esa porquería haya desencadenado un escándalo en alguna parte, muy lejos, en China por ejemplo, en un país bárbaro, si es posible en una dictadura, donde los talibanes o en Corea del Norte,

y eso con la finalidad de demostrar patrióticamente que la libertad de expresión no sufre ninguna amputación en los museos de nuestra república.

Y como veía que Alina estaba a punto de rebatirme con un contraargumento —lo veía en sus ojos que se ensombrecían—, continué sin pausa, no te preocupes, tampoco me gustan los lugares de exposiciones que se excitan con la idea de mostrar las obras de autóctonos deliciosamente canallas, deliciosamente provocativas o deliciosamente heréticas, obras subversivas, obras de insumisos que se atreven gravar *Fuck you* en letras de diamantes. ¡Qué audacia! Obras que denuncian espectacularmente el reino del espectáculo, pornográficamente el reino del porno y blasfematoriamente el reino de la blasfemia. ¡Obras —proseguí elevando la voz—, obras que sobrepujan unos estereotipos con otros estereotipos que supuestamente tienen que escandalizarnos! Sin contar —volví a elevar el tono—, sin contar con que los culpables de esas falsas rebeldías nos toman por, ¡por imbéciles! Y removí violentamente la cucharilla en mi taza de café.

El proyecto que me proponía Alina era pasar una noche entera, sola, en el museo Picasso que albergaba la exposición *Picasso-Giacometti*. Se trataba, me había explicado, de escribir un texto sobre la experiencia de estar encerrada en un lugar en el que se conservan obras de arte. No sé cómo se le había ocurrido esa idea, pero estaba empeñada en ello, y cuando Alina se empeña en algo, no lo abandona fácilmente.

Pasaron dos días desde nuestra conversación, y yo no dejaba de pensar en ello. Y cuanto más pensaba, más atractiva me parecía la experiencia, y también más arriesgada, sin poder nombrar, por el momento, el riesgo al que me exponía.

Al día siguiente, Alina volvió a la carga. Pero, apenas comenzó a plantear el interés apasionante de su proyecto, le dije: no, no insistas, no, ya te he dicho que no, es no, ni más ni menos. Lo siento, no negocio con mis convicciones. Y como sentía que estaba a punto de volver a atacar, añadí: ya sabes que no soy del tipo de las que cambian de opinión como de bragas —me pareció que ser vulgar acentuaba la firmeza y el vigor de mi rechazo.

Mi rechazo era tanto más firme cuanto que mis reticencias comenzaban a diluirse lentamente en mí. Jugué una última carta. Saqué el argumento de choque, el argumento irrefutable. Le solté que los museos, lejos de ser lugares en donde los artistas cuestionan este mundo, en el que el dinero dicta ferozmente su ley, consagran por el contrario ese principio y sacan provecho de ello, cuando no lo celebraban, cuando no son, en el fondo, la expresión más fiel, cuando no son los mejores agentes de ventas. ¿Quieres que te dé el nombre algunos de esos bastardos?, le lancé con tono airado. ¿Sabes de los crápulas que los financian y a quienes nada se les escapa, a quienes ninguna debilidad se les escapa?, precisé.

Déjame decir..., intentó Alina.

¿Sabes que esos crápulas —continué imperturbable—, que se las dan de expertos en arte para presentar una conciencia inmaculada y una respetabilidad a juego, se han apoderado del arte contemporáneo tan salvajemente como se han apoderado del resto? ¿Tan eficazmente, tan impudicamente, y tan canallescamente?

Sí, lo sé, lo sé, continué a toda prisa antes de que Alina tuviera tiempo de abrir la boca. Afirmar lo que acabo de decir llena de indignación y líricamente ofendida, lanzar grandes y tormentosas frases contra un sistema putrefacto que nos lleva al desastre como todo el mundo sabe, como todo el mundo dice y del que todo el mundo en

el fondo se esconde de tan espantoso como es. Deplorar en cenas mundanas que el arte se haya convertido en una mercancía como las otras o, mejor aún, que el arte sea de todas las mercancías, la más preciada, puesto que es la que más aporta, es complacerse en lo insoluble y obtener con ello una amarga satisfacción y al mismo tiempo un eventual beneficio.

Y como Alina, que no había conseguido aún abrir la boca, estaba a punto de protestar, continué con más fuerza aún. Tú sabes, al igual que yo, que los artistas de los que hablo, al estetizar como lo hacen los estragos que causa la mercantilización de los hombres y del mundo, unos sin darse cuenta de lo que hacen, otros más ambiguamente —era la primera vez que empleaba la palabra *ambiguamente* y ello me produjo un verdadero placer—, al exhibir chalecos salvavidas con la noble intención de ilustrar la tragedia de los refugiados sirios, o esposas de jade para denunciar las derivas vergonzosas del neoliberalismo, no hacen en definitiva más que reforzar el sistema predador que les impulsa y que les paga ocultando al mismo tiempo su violencia intrínseca.

¿Y qué hacemos entonces?, me preguntó Alina que desde hacía un momento se impacientaba.

¿Qué hacemos?, admití de repente atenta.

Sí, ¿qué hacemos?, repitió Alina con su energía española, puesto que pretendes que el saqueo se reconvierte en arte gracias a los mismos que lo engendran y luego se vende para distraer a las masas y...

Y —continué—, y que la consecuencia imparable de esta operación mafiosa es...

Te estás pasando, me dijo Alina.

... es que se carga cualquier visión crítica del sistema.

¿Y qué hacemos entonces?, volví a repetir como si me hablara a mí misma. No tengo ni puñetera idea, me con-